

ANNA TODD

LANDON ∞
TODO POR TI

VUELVE A
ENAMORARTE



UN FENÓMENO
wattpad

ANNA TODD

LANDON. TODO POR TI

Traducción de Vicky Charques y Marisa Rodríguez

UNO

Mi vida es bastante simple. No tengo muchas complicaciones. Soy una persona feliz, eso se sabe.

Todos los días, las tres primeras cosas que me vienen a la cabeza son:

«No está tan masificado como creía.»

«Espero que Tessa salga pronto del trabajo para que podamos pasar un rato juntos.»

«Echo de menos a mi madre.»

Sí, estoy en segundo de la universidad, en Nueva York, pero mi madre es una de mis mejores amigas.

Añoro mi hogar, aunque me ayuda que Tessa esté aquí; ella es lo más parecido a una familia que tengo.

Sé que lo hacen todos los universitarios: se van de casa y se mueren de ganas de perder de vista su ciudad natal. A mí eso no me sucede. A mí me gustaba mi casa, aunque no me hubiera criado en ella. No me importó haber pasado el último año de instituto y el primero de universidad en Washington, se estaba convirtiendo en mi hogar. Allí tenía una familia, y había conocido a mi nueva mejor amiga. El único inconveniente era que me faltaba Dakota, mi novia desde hacía años. De modo que, cuando la aceptaron en una de las mejores academias de ballet del país, accedí a mudarme con

ella. Cuando me anoté en la Universidad de Nueva York, tenía un plan, solo que la cosa no salió como yo esperaba. Me trasladé aquí para empezar mi vida con Dakota. No tenía ni idea de que ella fuera a cambiar de opinión y a decidir que prefería pasar su primer año de facultad soltera.

Me destrozó. Aún no estoy bien del todo, sin embargo, quiero que sea feliz, aunque sea sin mí.

En septiembre aquí hace un frío que pela, pero apenas llueve en comparación con Washington. Ya es algo.

De camino al trabajo, miro el celular. Lo hago como cincuenta veces al día. Mi madre está embarazada, voy a tener una hermanita, y quiero estar al tanto de las novedades para poder tomar el primer avión si pasa cualquier cosa. Mamá y Ken han decidido que se llame Abigail, y yo me muero de ganas de conocerla. Nunca he vivido rodeado de niños, pero la pequeña Abby ya es mi bebé favorito. Sin embargo, por ahora, lo único que me envía son fotos de las cosas tan increíbles que prepara en la cocina.

Ni una emergencia; pero hay que ver cómo echo de menos su comida.

En la calle no hay tanta gente como imaginaba. Estoy esperando en un paso de cebra, rodeado de extraños; casi todo son turistas con enormes cámaras colgando del cuello. Me río para mis adentros cuando un adolescente saca un iPad gigante para hacerse un *selfie*.

Nunca entenderé lo de los *selfies*.

Cuando el semáforo se pone en rojo para los coches y los peatones podemos cruzar, subo el volumen de los auriculares.

Aquí siempre llevo los auriculares puestos. La ciudad es mucho más ruidosa de lo que yo me esperaba y me ayuda

tener algo que bloquee parte del ruido y añade un toque de color a los sonidos que aun así me llegan.

Hoy toca Hozier.

Llevo los auriculares puestos incluso mientras trabajo (al menos en una oreja, con la otra escucho a los clientes que me piden café). Me distraigo mirando a dos hombres que van vestidos de pirata y se gritan el uno al otro. Entro en la cafetería y me tropiezo con Aiden, el compañero de trabajo que peor me cae.

Es alto, mucho más alto que yo. El pelo rubio platinado le da un aire a Draco Malfoy y me da impresión. Además de parecerse a Draco, a veces es un poco maleducado. Conmigo es amable, pero veo cómo mira a las universitarias que vienen a Grind. Se comporta como si la cafetería fuera un club, y no un sitio donde solo se sirve café.

Les sonrío a todas, coquetea y las hace reír con su «arrebataadora» mirada. Es desagradable. Encima, no es tan apuesto. Aunque a lo mejor, si fuera mejor persona, lo parecería.

—Mira por dónde vas —masculla dándome una palmada en el hombro como si estuviéramos paseando por un campo de fútbol vestidos con camisetas a juego.

Hoy empieza pronto a molestarme.

Me olvido del asunto, me pongo el delantal amarillo y miro el celular otra vez. Después de fichar busco a Posey, la chica a la que tengo que formar durante un par de semanas. Es simpática. Tímida pero muy trabajadora, eso me gusta. Se toma la galleta que le regalamos todos los días durante el período de formación como un incentivo para estar un poco más contenta en el turno de trabajo. Casi todos los novatos la rechazan, pero ella se ha comido una al día esta semana, cada día una distinta: chocolate, chocolate

con nueces de macadamia, vainilla y una misteriosa de color verde que creo que es una especialidad local sin gluten.

—Hola —la saludo con una sonrisa mientras ella está apoyada en la máquina de hacer hielo. Lleva el pelo detrás de las orejas y está leyendo la etiqueta de uno de los paquetes de café molido.

Alza la vista, me saluda con una sonrisa rápida y sigue leyendo.

—No entiendo cómo pueden cobrar quince dólares por un paquete de café tan pequeño como este —dice lanzándome la bolsa.

La atrapo al vuelo y casi se me resbala de entre los dedos, pero la sujeto con fuerza.

—Podemos —la corrijo con una sonrisa, y dejo el paquete en el expositor—. Eso es lo que cobramos.

—No llevo trabajando aquí lo suficiente para usar la primera persona del plural —replica.

Se saca una gomita de la muñeca y levanta sus rizos cobrizos en el aire. Tiene mucho pelo y se lo recoge pulcramente con la gomita. Luego me hace un gesto para indicarme que está lista para trabajar.

Posey me sigue a la sala y espera junto a la caja. Esta semana está aprendiendo a tomar las comandas de los clientes. La semana que viene empezará a prepararlas. A mí lo que más me gusta es tomar comandas porque puedo hablar con los clientes en vez de quemarme los dedos con la máquina de café, como me pasa siempre.

Estoy preparando mi zona de trabajo cuando suena la campanilla de la puerta. Miro a Posey para ver si está lista. Lo está, sonriente y dispuesta para recibir a los adictos a la cafeína de esta mañana. Dos chicas se acercan a la barra

cacareando como gallinas. Una de las voces se me clava en el alma: es Dakota. Va vestida con un top deportivo, pantalón corto y ancho y zapatillas de colores chillones. Habrá salido a correr, no se pondría eso para una clase de baile. Para bailar prefiere maillot y pantalones cortos ajustados. Estaría igual de linda. Siempre está preciosa.

Lleva varias semanas sin aparecer por aquí y me sorprende volver a verla. Me pone nervioso. Me tiemblan las manos y estoy pulsando la pantalla de la computadora sin motivo. Su amiga Maggy me ve primero, toca a Dakota en el hombro y esta se vuelve hacia mí con una enorme sonrisa en la cara. Una fina capa de sudor le cubre el cuerpo y lleva los rizos negros recogidos en un rodete despeinado.

—Esperaba encontrarte aquí. —Nos saluda con la mano primero a mí y luego a Posey.

«¿Ah, sí?» No sé cómo tomármelo. Sé que acordamos ser amigos, pero no sé si esto es solo una conversación cordial o algo más.

—Hola, Landon. —Maggy también me saluda con la mano.

Les sonrío a las dos y les pregunto qué van a tomar.

—Café helado con extra de crema —dicen ambas al unísono.

Van vestidas casi igual, solo que Maggy es prácticamente invisible al lado del cutis radiante de color caramelo y los ojos brillantes y marrones de Dakota.

Entro en piloto automático. Tomo dos vasos de plástico y los lleno de hielo de una sola palada, luego añado el café de una jarra que ya tenemos preparada. Dakota me observa, puedo sentir su mirada. Por alguna razón me incomoda, así que cuando noto que Posey también me está

mirando, me doy cuenta de que podría (de que debería) explicarle qué demonios estoy haciendo.

—Simplemente hay que servirlo después de poner el hielo. Los del turno de noche lo preparan el día antes para que se enfríe y no derrita el hielo —digo.

No es en absoluto complicado, y me siento un poco tonto explicándolo delante de Dakota. No hemos acabado mal en absoluto, simplemente no salimos y tampoco hablamos como lo hacíamos antes. Lo entendí cuando decidió terminar con nuestra relación de cinco años. Está en Nueva York, una ciudad nueva donde ha hecho nuevas amistades, y yo he cumplido mi promesa y seguimos siendo amigos. La conozco desde hace mucho y siempre será muy importante para mí. Fue mi segunda novia, pero la primera relación de verdad que he tenido hasta ahora. He estado saliendo con Sophia, una chica tres años mayor que yo, aunque solo somos amigos. Se ha portado muy bien con Tessa y la ha ayudado a conseguir un empleo en el restaurante en el que trabaja.

—¿Dakota? —La voz de Aiden ahoga la mía cuando empiezo a preguntarles si prefieren que la crema sea montada, que es la que me gusta echarle a mí al café.

Confundido, veo cómo Aiden alarga el brazo y toma la mano de Dakota. Ella la levanta y, con una enorme sonrisa, hace una pirueta delante de él.

Entonces me mira de reojo y se aleja un poco de él.

—No tenía ni idea de que trabajaras aquí —señala en tono neutro.

Miro a Posey para intentar no escuchar lo que dicen y finjo que estoy leyendo el horario que está colgado de la pared que tiene detrás. Sus amistades no son asunto mío.

—Creo que te lo dije anoche —replica Aiden, y yo finjo toser para que nadie se dé cuenta del pequeño alarido que escapa de mi boca.

Por suerte, solo Posey parece haberlo notado. Hace todo lo posible por no sonreír.

No miro a Dakota, pese a que percibo que está incómoda. Como respuesta a Aiden, se ríe. Es la misma risa que cuando abrió el regalo que le hizo mi abuela la Navidad pasada. Una risa encantadora... Dakota hizo feliz a mi abuela al reírse del horrible pez cantarín pegado a un tocón de madera de imitación. Cuando vuelve a reírse sé que está incómoda a más no poder. Para que la situación no sea tan rara, le paso los dos cafés con una sonrisa y le digo que espero volver a verla pronto.

Antes de que pueda responder, sonrío de nuevo, me voy a la trastienda y subo el volumen de los auriculares.

Aguardo a que suene otra vez la campanilla de la puerta, así sabré que Dakota y Maggy se han ido. Entonces me doy cuenta de que no oiré nada porque tengo muy alta la repetición del partido de hockey de ayer. Solo llevo un auricular puesto, pero la multitud grita y aplaude mucho más alto de lo que suena la campanilla de metal. Vuelvo a la sala; Posey pone los ojos en blanco mientras Aiden le explica cómo se prepara la crema de leche para el café. Aún parece más raro con el pelo rubio platinado envuelto en una nube de vapor.

—Dice que son compañeros de clase en la academia de danza —me susurra Posey cuando me acerco.

Me quedo de piedra y miro a Aiden, que no se ha dado cuenta de nada de tan enfrascado como está en su maravilloso mundo.

—¿Se lo has preguntado? —digo impresionado y a la

vez preocupado por la respuesta que haya dado a otras preguntas acerca de Dakota.

Posey asiente y toma una taza de metal que está para enjuagar. La sigo al fregadero y ella abre el grifo.

—He visto cómo te has puesto cuando la ha tomado de la mano. Así que le he preguntado qué hay entre ellos.

Se encoge de hombros y sus rizos se mueven con ella. Tiene las pecas más imperceptibles que he visto, repartidas entre las mejillas y el puente de la nariz. La boca grande, con los labios carnosos, y es casi tan alta como yo. De eso me di cuenta el tercer día que la vi, cuando imagino que despertó mi interés durante un segundo.

—Salíamos juntos —le confieso a mi nueva amiga, y le doy un paño para que seque la taza.

—No creo que estén juntos. Hay que estar loca para salir con un Slytherin.

Cuando Posey sonrío, mis mejillas se dilatan y me echo a reír con ella.

—¿Tú también lo has notado? —pregunto.

Tomo una galleta de menta y pistacho y se la ofrezco.

Ella sonrío, acepta la galleta y, para cuando he terminado de cerrar el frasco, ya casi se la ha comido entera.